

Stone, N. (2007) *Breve historia de la primera guerra mundial (World War One: A Short History)* Buenos Aires: Ariel. 189 páginas.

Por Juan Sebastián Califa

El libro de Norman Stone, editado originalmente en Inglaterra en el año 2007, es parte de una saga sobre las dos guerras mundiales que atravesaron el siglo XX y que el autor completó seis años más tarde. Muchos críticos consideran que *The Eastern Front, 1914-1917* (1975), aún no traducido al castellano, es su gran trabajo. La publicación argentina de este conciso volumen sobre la primera guerra mundial se remonta al año pasado. El texto contiene siete capítulos que, junto a los mapas y fotografías que presenta, realizan una aproximación a la “Gran Guerra” destinada a un público amplio. Los capítulos recorren de un modo cronológico el conflicto ya que el autor basa su estrategia expositiva en señalar lo que ocurrió año tras año, además de interrogarse primero por sus antecedentes y finalmente por sus consecuencias. Dado que se trata de un trabajo de síntesis no hay aquí una fundamentación rigurosa de fuentes a pie de página sino, más bien, una presentación (explicitada al final) de literatura más o menos reciente a partir de la cual el autor construye su interpretación. Esto, en parte, sumado a que Stone maneja a la perfección una tradición anglosajona de escritura llana, mucha veces profunda, y por momentos vibrante, constituye un acto de amabilidad hacia el lector que éste siempre agradece. Pero a pesar de que no hay grandes digresiones teóricas ni conceptuales, genéricamente el autor se coloca en el campo del anticomunismo. Al respecto, Stone parece haber descubierto algo que millones de lectores han ignorado hasta aquí: que los textos de Lenin son “ilegibles”. Este tipo de afirmaciones, sorprendentes para quien escribe estas páginas, son coherentes no obstante con quien oficiara de asesor de Margaret Thatcher



en los ochenta. Desde entonces, la vida académica lo ha llevado a este profesor de origen escocés de Oxford a la Universidad turca de Bilkent, cosechando siempre una intachable reputación de intelectual conservador. Estas coordenadas ideológicas y biográficas, si bien son útiles para ubicar en términos genérico al autor, no debieran llevar a presuposiciones inmaduras sobre su obra. Más que calumniarla o enaltecerla, aquí elijo ante todo reseñarla.

En la introducción del libro el autor plantea dos problemas clásicos: el nacionalismo, como fuerza ideológica, y el imperialismo, como necesidad flagrante, condujeron a esta guerra. La conceptualización del imperialismo que atraviesa este volumen pareciera ser meramente colonial, ya que en la actualidad por ejemplo Alemania habría dejado de ser un país imperialista para el autor, una caracterización del moderno fenómeno capitalista que el clásico trabajo de Lenin dedicado al tema juzgaría reduccionista. Con estas ideas Stone se lanza al capítulo inicial intitolado “El estallido”. En sus páginas aborda las causas de la guerra que destruyó la cuna de la civilización occidental. Comienza describiendo la pujanza imperial alemana desde la “Atenas del mundo”, esto es, la Berlín de por entonces. Lejos de pretender conformar un espacio económico europeo, capitaneado por ingleses y alemanes, la dirigencia de éste país, subida a los éxitos de su paso industrial arrollador, optó por construir un imperio. Esta elección, que en términos políticos puso en evidencia el pasaje de las riendas del Estado desde el cauto Canciller Bismarck al ambicioso Káiser Guillermo II a fines del siglo XIX, convirtió al imperio alemán en el problema europeo. Esta política no se daba en el vacío, sino en una Europa signada por el imperialismo, de la cual Inglaterra, el espejo de la política germana, marchaba a la cabeza. Un aporte del autor al respecto reside en mostrar como la decadencia de los imperios formales más vetustos durante el último cuarto del siglo XIX, el otomano y el austro-húngaro primordialmente, motivaron los



reacomodos políticos de fines de siglo produciendo alianzas impensadas poco antes. Así, Rusia, Francia e Inglaterra, la Triple Entente, se constituyeron como un acuerdo geopolítico que se enfrentó al otro esquema de alianzas detrás del cual los otros dos imperios, el más próximo por acuerdos preexistentes, el islamita por no sentirse amenazado, hallaron cobijo en Alemania. Stone es enfático en señalar el equívoco: “Lo último que necesitaba Alemania era enfrentar a Gran Bretaña, y el mayor error que cometió en el siglo XX fue construir una flota para atacar las islas.”. Según el autor, los problemas sociales del primer país lejos de solucionarse con su apetencia colonial, tal cual creían intelectuales de la talla de Max Weber, se agravarían (Portugal y Suiza constituyen, retrospectivamente, dos ejemplos en las antípodas). Incrementada la tensión, el episodio de Sarajevo se presentó en 1914 como la excusa perfecta —de no haber existido otra se hubiese hallado— para dar inicio a una guerra que en el corto plazo mostraba grandes chances a los alemanes, pero que dos o tres años más tarde el avance militar ruso (sobre todo ferroviario) hubiese puesto en jaque, según el razonamiento de los estrategas militares de la potencia centroeuropea. El autor califica no sólo al episodio que inició a la guerra, sino a ésta en su conjunto, como un “accidente inevitable” desde el momento que la dirigencia teutona equivocó el rumbo. La declaración de guerra inglesa a ésta, tras su invasión a Bélgica para llegar a París, convirtió una guerra europea en mundial. Los alemanes por entonces ya no habrían perdido sólo la razón, sino también la confianza inglesa para llegar a una solución negociada del reparto de las riquezas económicas europeas.

“1914”, “1915”, “1916”, “1917” y “1918”, son los capítulos que siguen. Pese a no ser precisamente un arrebató de creatividad, cumplen con lo que el autor intenta mostrar: el desarrollo de un conflicto en el que ambas partes conocieron momentos de euforia y de desazón y, sobre todo, que estuvo atravesado hasta comienzos de 1918 por la sensación de que cual-



quiera podía vencer. La imagen que ilustra la tapa del libro que muestra un soldado subido a un caballo enfundando una lanza pero cuyo rostro se encuentra cubierto por una máscara antigases acompaña muy bien una de las grandes ideas de Stone: entre el comienzo y el fin de la guerra se produjo un verdadero salto en el tiempo. En sus inicios, en términos morales la palabra que lo dice todo es “ilusión” (lo moral y lo material como incentivos y pertrechos en el campo de batalla se intercalan mostrando la lucidez del autor para entender su importancia individual y, todavía más, combinada). Este equívoco, no sólo alemán, más aún inglés, resultó ser un malentendido acerca de la naturaleza del conflicto por venir que enturbió su diagnóstico más acertado (y necesario). Gobiernos, banqueros y ejércitos, un componente vital de toda guerra, fallaron al creer que para la Navidad todos habrían retornado a sus hogares. En el terreno militar, el autor al poner las cartas con que cada cual contaba subraya la preparación de la eficaz oficialidad alemana por sobre factores meramente numéricos. Pero esta ventaja se veía descompensada por la obsolescencia militar de sus aliados imperiales agonizantes. De este modo, el panorama que pinta el libro es de cierto equilibrio de fuerzas en los inicios del conflicto. Si bien el desempeño militar alemán era considerable al oeste y al este, donde Tanenberg mostró su valía, austrohúngaros en los Balcanes y turcos en el Cáucaso tiraban para atrás sus avances.

1915 evidenció el fracaso de los planteos cortoplacistas. Los ingleses apoyados en su fuerza marítima lograron frenar el comercio alemán en todo el globo. Sin embargo, esta situación más que aminorar la economía germana la propulsó más hacia la guerra al verse obligados sus capitales, para subsistir, a volcarse a la industria bélica. Además, el bloqueo sirvió para aumentar el nacionalismo alemán. Por lo tanto, los factores materiales y morales relanzaron a Alemania hacia adelante. Por su parte, Inglaterra no pudo quedarse con el mercado arrebatado a los alemanes ya



que su fuerza de trabajo enrolada en la guerra no permitió incrementar la producción, teniendo como costo adicional los industriales ingleses que aumentar los salarios ante la carencia de trabajadores calificados. Pese a este panorama, el pobre papel desempeñado por los turcos no le permitió aprovechar la ventaja ganada por los alemanes al principio, aunque los musulmanes con el paso del tiempo pudieron resarcirse un poco. Los austro-húngaros en los Cárpatos completaban la desazón teutona. La intervención italiana pareció complicar aún más las cosas para ésta, pero, otra paradoja de esta guerra, inicialmente sirvió para mejorar la moral austro-húngara dado sus triunfos preliminares. La derrota a fin de año del Reino de Serbia, con la ayuda búlgara para ello, sumado al avance en el este, volvió a poner a los alemanes al frente a pesar del parcial equilibrio al oeste.

Un nuevo año de guerra entregó como novedad una descomunal resistencia francesa en Verdún, que si bien pudo frenar a los alemanes dejó a este país exhausto. En ese sentido, sumado a los serios problemas que tenían los rusos al este, en 1916 se hizo imprescindible el accionar británico, quien debía poner en pie su ejército terrestre, y aprender rápidamente cómo hacerlo funcionar. Sin embargo, su actuación desde mediados de año dejó mucho que desear, la carencia de una artillería pesada resultó un factor clave, y si bien la experiencia de las primeras derrotas pudieron ser procesadas, lográndose algunos éxitos parciales más tarde, no se trataba aún de un accionar decisivo como se requería. Alemania, por su parte, encontró una mayor resistencia al este cuando el general Brusilov tomó las riendas del ejército ruso. Para todos, se había hecho urgente asestar el golpe final. Esta carrera de tiempo ya no podía hacerse con las enseñanzas del siglo XIX sino con las invenciones del siglo XX. En el terreno de los fenómenos políticos el nacionalismo y la creciente injerencia del Estado atestiguaban estos cambios sociales que la modernidad traía inevitablemente aparejados.



El ingreso de los submarinos alemanes, al igual que los tanques ingleses puso, en términos materiales, la modernidad a batallar. Pero si bien a partir de 1917 los primeros se sintieron más seguros con su invento marítimo, provocaron con su uso otra de las paradojas de la guerra (por primera vez en su contra): propulsaron el ingreso estadounidense a la misma. La idea de que el ataque marítimo hundiría la economía británica podía ser verdadero si y sólo si no se entendía al mismo tiempo que la economía de la isla tenía múltiples lazos con la del norte de América. De este modo, un ataque a la primera se constituía en un desafío a la segunda. Así ocurrió. Al sentir su comercio amenazado EE.UU. decidió intervenir en la contienda. Su accionar no podía medirse tanto en términos bélicos, terreno que tardaron en dominar, sino, más bien, en términos financieros. Al prestarles dinero a los ingleses estos a su vez podían girarles fondos a sus aliados de modo que en la carrera temporal comenzaban a tener ventaja sobre el bloque acaudillado por Alemania que no contaba con acreedores. En el medio de esto no sirvieron los esfuerzos de Wilson por conquistar la paz. Cualquier reparto diplomático dejaba a Alemania con menos de lo que quería: una Europa alemana. Los planes imperiales, no sólo suyos, volvían las miradas sobre el campo de batalla como único medio de saciar sus aspiraciones. Alemania apeló otra vez a la torpeza política, fue descubierto su plan de incitar a México a la guerra, y con ello propugnó su “suicidio”. Desde entonces, la única posibilidad de triunfar era hacerlo ya. La economía alemana había pasado el llamado “invierno de los nabos”, entre 1916 y 1917. No parecía contar con mucho resto. Francia e Inglaterra ayudaron en el terreno militar con sus flojos desempeños a sostener esta ilusión germana.

Tras la Revolución Rusa, la cesión de territorio a que debieron apelar los revolucionarios comandados por Lenin aumentaron las expectativas alemanas arrancando 1918. El general Ludendorff, sin embargo, cometió el



error: no pisó el acelerador en la batalla occidental. Con esta metáfora, Stone, vuelve sobre una tesis central: la ambición alemana echaba todo a perder. Así había ocurrido al iniciarse la guerra, así había proseguido con Wilson al rechazarse sus mediaciones de paz, así había sucedido tras el triunfo frente a los rusos no intentando el fin de la contienda mundial entonces. En este último caso, los ingleses se habían convencido que una Alemania con los recursos ganados sería invencible en el futuro, pero tampoco los alemanes quisieron persuadirlos de lo contrario. Entonces pasó lo que debía pasar: los aliados dieron los golpes necesarios para liquidar lo que quedaba de su poderío militar. La economía germana terminó de hundirse. Al no conseguir un rápido triunfo fulgurante Alemania estaba perdida, más allá de que la presencia en el campo de batalla pudiera prolongarse. La retirada del combate de sus aliados no hizo más que enfatizar este pronóstico que llevó a la acción a obreros y soldados en noviembre de 1918, hartos de que con sus vidas se mantengan falsas esperanzas. Mediante una revolución éstos pusieron fin a las ambiciones imperiales y al propio imperio alemán. La guerra había concluido.

El capítulo siete, "Las repercusiones", pone fin a este volumen. Entre las consecuencias de la guerra el autor enfatiza el Tratado de Versalles y sus derivaciones. Los imperios que propugnó diez años más tarde se vendrían abajo, la Liga de Naciones a que dio vida no sirvió para nada, la economía que vio florecer se derrumbó en 1929, los futuros estados parlamentarios que brotaron de este proceso dejaron de ser parlamentarios, la República de Weimar no prosperó. La combinación de estos infortunios abrió paso a una segunda guerra mundial. Esta lista de consecuencias no es nada original, aunque no pueden faltar. Quizás al libro en otros aspectos le falte mucho. Sus críticos ingleses han sido implacables con él: pasa por alto aspectos esenciales o cuando los analiza recae en un estilo superficial o carece de originalidad... Cualquiera de los puntos que aborda merece sin



dudas un libro en sí mismo. Pero a 189 páginas no se le puede pedir, en cierto sentido, más que motivar al lector por seguir informándose sobre la Gran Guerra. Lo confieso, en mi caso lo ha logrado.

